

RECUERDO DE ESTUDIANTE DE OSWALDO ARTEAGA

Sergio ALMISAS CRUZ

Doctorando en Historia y Arqueología Marítimas. Investigador contratado en formación pre-doctoral.
Universidad de Cádiz sergio.almisas@uca.es

La crítica historiográfica que se desarrolla desde los años 80 nos ha dejado claro que la investigación, la construcción de cualquier conocimiento no sólo es fruto de una sucesión de descubrimientos, estudios o nuevos marcos teóricos alejados de cualquier contexto social, político o personal. Por el contrario, dicha sucesión es fruto del trabajo de mujeres y hombres. De seres humanos socializados en un sistema socio-económico dado, con unas influencias familiares, culturales, sociales concretas que van forjando a la persona y su forma de entender el mundo, que, además, tendrá que enfrentarse a una estructura de creación y socialización de conocimiento dada y decidir cómo integrarse en ella, si de forma crítica o acrítica. Es por todo esto que honrar a Oswaldo Arteaga no puede suponer sólo recordar sus aportaciones al conocimiento arqueológico, histórico, a la disciplina geoarqueológica o a la Arqueología Social; no debemos quedarnos en rastrear sus logros y las críticas recibidas, su trayectoria de investigación, sino que es indispensable vincularla a su propia persona y a su impacto que, como individuo en un contexto social dado, tuvo y sigue teniendo en las personas que le rodean. No podemos, en definitiva, aislar los componentes humanos, subjetivos, valorativos o sentimentales de la obra científica de ninguna persona, tal y como no podemos aislarlos de los contextos socio-económicos, políticos e ideológicos en que se mueven. Valga este texto como aporte personal y modesto del impacto de Oswaldo en un alumno de la Licenciatura de Historia que comenzó su andanza en la Universidad de Sevilla en el curso académico 2007/08, años de movilizaciones estudiantiles, luchas sociales y de caldo de cultivo crítico y creador en los entornos sociales sevillanos, preludio y semilla de la rabia organizada, del 15-M, el SAT, los grupos feministas, Podemos, Ganemos...

El viento golpeaba su cara. El otoño había comenzado antes de lo previsto, y un frío prematuro hacía borrar de su cabeza la idílica imagen de una

Sevilla calurosa que un gaditano podría imaginar. Las pedaladas hacían avanzar la bici por un camino aún desconocido, pero que se convertiría en monótono a lo largo del curso académico que comenzaba. El cosquilleo en la barriga no era nuevo. Sin lugar a dudas, la emoción por comenzar la Universidad le venía rondando desde hacía semanas, esperando encontrar un nicho de conocimiento crítico, de estudiantado consciente y movilizado y un espacio donde desarrollar sus inquietudes intelectuales y de adquisición de saberes sobre la historia y la arqueología.

Con el tiempo me daría cuenta de que poco de eso existía en la Universidad, que el profesorado servía poco más que para dar clases y realizar investigaciones en muchos casos aisladas de cualquier realidad social, que el pensamiento crítico brillaba por su ausencia, y que el marxismo, desarrollado de forma intuitiva y crítica desde pequeño gracias a mi lecho familiar, la influencia de mis madres -como diría Alex de Belén Gopegui- y mis vivencias personales, se concebía poco más que como una ideología caduca que se veía superada por supuestos marcos filosóficos e ideológicos que no hacían más que abonar el campo del individualismo y el neoliberalismo más feroz. Con el tiempo aprendería que si quereamos que la Universidad sea ese espacio crítico y de creación de alternativas sociales, tendremos que construirlo nosotras mismas, y fundamentalmente bajo el impulso del estudiantado, y con la ayuda de parte del profesorado, la minoría, que sí tenga inquietudes similares. Uno de ellos sería Oswaldo Arteaga.

Las clases comenzaron a las 8:00, la Universidad les recibió con un profesor enchaquetado, un catedrático mayor y de acento latinoamericano cuya primera impresión no desmerecía con la imagen que cualquier universitario podría esperar que guardasen las aulas de historia con bancos de madera situado en ese histórico edificio como es la Fábrica de Tabaco. A los más inquietos, no les dejó

tampoco indiferentes, ya que la Universidad como centro crítico debía contar con la imagen de ese personaje entrañable, marxista, que criticaba a voz en grito los antiguos métodos del "libro de petete" y los papeles amarillos de los viejos -y no sólo por edad- catedráticos que no hacían más que repetir las lecciones historicista-culturales. Su crítica al sistema educativo y a las reformas que se avistaban en el horizonte -y que cada vez son más reales-, también supusieron un acicate para el incipiente movimiento estudiantil que mostraría toda su fuerza y vitalidad en los próximos años en Sevilla.

Oswaldo se jactaba de ser el primero que se enfrentaba a las caras nuevas en la facultad. El primero que, además, les ofrecía su "droga dura", como él decía. De dos horas de clase de "Prehistoria Universal", la primera la dedicaba a la epistemología. Su cabeza con pocas plumas -como él afirmaba-, desplegaba ideas y conceptos que abrían un universo filosófico nuevo. Muchas de nosotras se quedaron por el camino. No se puede decir que la comunicación fuese del todo satisfactoria: en muchos casos, el alto nivel filosófico impactaba en jóvenes poco preparadas o sin interés en cuestiones epistemológicas, lo que no ayudaba a aumentar su interés. De esta forma, la pasión que profesa Oswaldo por el conocimiento de las diferentes posturas filosóficas y teóricas hacia la historia, que le convierte en una persona bien formada y crítica, la transmitía a duras penas, mezclándose, quizás, alguna carencia pedagógica con un nivel muy bajo de conocimiento del estudiantado de esta temática. Me gustaría detenerme en un aspecto importante de la figura de Oswaldo que conocí de estudiante. Se trata, por un lado, de su respeto a las diferentes posiciones teóricas y filosóficas; y por otro, de su búsqueda de la concreción. Veamos por qué quiero detenerme en estos dos aspectos. En primer lugar, se achaca al marxismo, y en concreto a autoras de la Arqueología Social de raíz marxista, una supuesta reacción a otras formas de pensamiento filosófico o posiciones teóricas en historia y arqueología, bajo la idea de que el marxismo posee la verdad. Este concepto del marxismo, reproducido por malas prácticas y discursos y, sobre todo, por las críticas que desde autoras posmodernas se han querido realizar, no es cierto y creo que la figura de Oswaldo podría darnos algo de luz al respecto. Así, el alumnado se queda impresionado por el conocimiento y pasión con que describe corrientes filosóficas y de pensa-

miento que no son la marxista, intentando entenderlas en su contexto de aparición y en los debates internos. Estas ideas entroncan con la toma de postura de Manuel Gándara, que supone un respeto hacia otras posiciones, algo de lo que deberían aprender muchos arqueólogos y profesionales "abiertos", normalmente de signo posmoderno con una militancia anti-marxista que se huele a la legua. En lo que al segundo aspecto concierne, debo hablar ya de mi relación concreta con Oswaldo. Tras haber pasado por varias clases con él, comencé a ir a tutorías personales con el fin de seguir formándome en la Arqueología Social de la que nos había hablado en sus clases e iniciar posibles vías de investigación en la arqueología prehistórica, interesándome en primer lugar en los comienzos del estado -y en concreto, la problemática de los estados prístinos en Andalucía-. Cual fue mi sorpresa cuando Oswaldo no me recibió sólo con libros de teoría de la historia (Bloch, Febvre, Díaz Polanco, Fontana, Prieto Arciniaga, Braudel, Wallerstein...), sino ¡de filosofía! Popper, Hempel, Kant, Comte, Feyerabend, Lakatos... En definitiva, una profunda revisión de la literatura sobre la construcción de la ciencia neopositivista, para pasar a la crítica a estas posiciones; además de reflexiones sobre la propia construcción histórica. Este manejo de problemáticas teóricas y filosóficas en el que yo me movía tan cómodo no impidió que, llegado un momento, Oswaldo me parara los pies y me dijese: tienes que centrarte en algo, no vale de nada que seas un filósofo, debes hacer avanzar el conocimiento en algo concreto, debes hacer arqueología. "El estudio concreto de la realidad concreta" pensaba yo, haciendo referencia a la famosa máxima marxista. Se trataba de una defensa de la concreción como medio de hacer avanzar el conocimiento y a la propia teoría. Concreción a pesar de lo que digan las visiones simplificadoras que, la mayoría de las veces de forma interesada, intentan dejar al marxismo en el cajón de la historia de *ideologías* caducas y agotadas por el peso de la historia. Y fue así, todo hay que decirlo, como volví a mi ciudad natal, Cádiz, donde podría desarrollar en un grupo de investigación inserto en la tradición de la Arqueología Social, perspectivas de investigación concretas. Fue gracias a Oswaldo que pude llegar a la Universidad de Cádiz, para desarrollar mis conocimientos arqueológicos como en la Universidad de Sevilla no pude (¿o no supe?) hacerlos.

Sin lugar a dudas, Oswaldo era un profesor atípico. En un momento dado, fruto de las inquietudes de parte del alumnado, decidió dedicar una hora de su clase para explicar la reforma educativa, lo que se conocía entonces como Proceso de Bolonia, en una imagen diacrónica; algo que ningún profesor hizo. Otro hecho atípico que muestra una imagen diferente de persona y profesor es sus arrebatos sentimentales en varias ocasiones en las clases. Hablando del sistema universitario o de su pasado, Oswaldo dejaba desparramar lágrimas que brotaban fruto de una sensibilidad que en los tiempos que corren suelen esconderse bajo duras facciones masculinas y roles patriarcales marcados. Todo esto hacía que Oswaldo no fuera una figura que se olvidase en el paso por la facultad. Sino que fuera una figura que deja huella y destaca por su valentía por proponer otra forma de investigar y afrontar la vida universitaria.

Sin querer extenderme más, debo concluir con este escrito que Oswaldo supuso para mí muchas cosas. Sin lugar a dudas, fue el profesor que me abrió las puertas de una Arqueología diferente, social, con un gran componente ético y político, deontológico podríamos decir, que se plasmaba en la escuela de la Arqueología Social Latinoamericana, pero que luego descubriría que, como Arqueología Social de raíz marxista, tiene diferentes manifestaciones y matices dentro y fuera

del estado español. Oswaldo, como ya he indicado, me permitió descubrir la escuela de Cádiz de José Ramos y convertirme en lo que hoy soy, en cuanto a lo que la investigación histórica y arqueológica se refiere. Con él se aprendía algo más que teoría arqueológica, histórica o filosófica, se transmitían emociones, visión de pasado y profundidad histórica; transmitía vivencias que son fracturas personales, viajes, aprendizajes, alegrías y decepciones; reflexionábamos sobre la crítica al sistema y al modelo educativo. Personalmente, me resultó de vital importancia en el aprendizaje de presupuestos filosóficos, epistemológicos y teóricos que luego aplicaría durante la carrera y que hasta el presente me ayuda en la lectura y en mi propia creación de conocimiento crítico. Considero que haber coincidido con él, si bien de forma fugaz y no del todo profunda, me ha otorgado herramientas fundamentales para comprender la disciplina e intentar desarrollarla; herramientas críticas que pueden ser aplicables al mundo que nos rodea y que siguen siendo necesarias, y cada día más, para una juventud que se abre paso a duras penas en el ambiente universitario o fuera de él. Herramientas que ayudan a ver este mundo de forma crítica y pensar una construcción diferente del mismo. En definitiva, un humanismo político e intelectual que será clave para la construcción del futuro.